

trascendental que resulta especialmente singular en un pensamiento que pretende ser labor de la razón pura. Es una aparición de las sombras espectrales de representaciones religiosas en la luz meridiana de la «Razón pura».

Desde el punto de vista de la colectividad podemos hablar de mérito y culpa, pero no desde el punto de vista de la subjetividad. Para la colectividad, el obrar moralmente del individuo es útil, así como la es perjudicial el obrar inmoralmemente; por esto puede alabar a aquél e infamar y castigar a éste. Esto es oportunismo, no filosofía moral. Considerado subjetivamente, el obrar moral no tiene tampoco mérito, como la belleza, la alta estatura, la fuerza muscular, la buena vista, la salud, una memoria retentiva, las reacciones rápidas del intelecto y todas las demás ventajas que el individuo ha recibido sin poner de su parte nada, como don de la naturaleza; y el obrar in-moral no es tampoco una culpa, como no lo son la fealdad, la estupidez, la enfermedad y otras aflicciones que pesan hereditariamente sobre el individuo o que le inflige un cruel destino. ¡Feliz el favorecido! ¡Desgraciado el maltratado! Uno, como el otro, son obra de poderes que no están en absoluto al alcance de su voluntad. Y así obra el bueno moralmente porque tiene el entendimiento, la fuerza de inhibición de la voluntad, y el malo obra inmoralmemente porque le están negadas estas perfecciones, y de ser esto así ni el uno ni el otro pueden cambiar nada.

Esto no exime al individuo del deber de esforzarse en trabajar por su desarrollo moral, pero sí le exime de la responsabilidad por el resultado de sus esfuerzos. En este solo punto se encuentran el ético sociológico y biológico con el teologizante: en la humilde reverencia y acatamiento ante la gracia.

VII

MORAL Y PROGRESO

El problema del progreso en toda su extensión lo he tratado en otro lugar (*El sentido de la Historia*) detenidamente. Me remito a las explicaciones allí dadas, y aquí sólo resumo brevemente los puntos de vista fundamentales.

Progreso significa movimiento de un punto a otro.

Completan y complican este concepto sencillo otros claros y esfumados que van juntándose con él: la idea que el punto a donde tiende el movimiento significa algo mejor y más excelente que aquel de donde sale y se aleja y la hipótesis que el movimiento obedece a un impulso que, o está dentro del objeto o conjunto de objetos que se mueve y forma parte de su esencia, o que le es impuesto por una fuerza extraña y que encierra una imagen consciente del fin anhelado, el reconocimiento de un valor más elevado y el deseo de la perfección. Todas estas representaciones que acompañan al concepto del progreso son pueriles antropomorfismos si se refieren al Universo. La designación del progreso como un movimiento de un punto de partida peor a un punto final mejor tiene como premisa la existencia de una escala de valores. Pero los valores son diferentemente determinados y graduados en vista del hombre o de un sér análogo al hombre. Peor, mejor, significan menos o más agradable, útil, placentero para el hombre; por lo tanto, es progreso el desarrollo a un estado que el hombre estima para él más adecuado y más útil y lo siente como más armonioso y más bello. El Universo por lo tanto, realizaría progresos para prepararse a la aparición del hombre, para hacerse más comprensible y más habitable, más cómodo al hombre, para alegrarle y encantarle. Que en este trabajo obedece a su predisposición natural o a una suprema inteligencia, a un Dios, en uno u otro caso, el Universo realizaría progresos para servir al hombre. Si se excluye esta finalidad, desaparecería también la escala de valores y no tiene ya sentido el considerar un desarrollo como progreso, en el sentido de mejora, embellecimiento y perfección. Entonces no se tiene el derecho de considerar, por ejemplo, el sistema solar con planetas formados como un progreso con respecto a la nebulosa primitiva, porque ésta de por sí, prescindiendo del hombre y de sus condiciones de existencia, no es mejor ni peor, más bella ni más fea, más perfecta ni más defectuosa que aquél; la nebulosa primitiva y el sistema solar son igualmente el resultado de la actuación de las mismas fuerzas cósmicas, y la fórmula de dinamismo no es diferente en la una de la del otro. Pero proclamar al hombre como finalidad del Universo, poner todo el trabajo del Universo al servicio del hombre, comprenderle como una inmensa máquina para el progreso del hombre, es un concepto que la razón rechaza como insensato.

Pero también por razones de lógica formal no es con-

cebible la idea del progreso en el Universo. La inteligencia no puede representarse al Universo de otro modo que como eterno. En la realidad pues, todo progreso, es decir todo movimiento de un punto de partida a un fin, por lento que supongamos el movimiento y por lejano el fin, tiene que haber alcanzado este fin desde la eternidad. Eternidad y progreso son conceptos que lógicamente se excluyen uno a otro.

En el Universo no puede existir un progreso en el sentido de ascensión, de un movimiento de algo malo a otro mejor; lo único que es comprensible para la inteligencia en el Cosmos, en la naturaleza y lo que puede hacer constar la experiencia derivada de percepciones de los sentidos, es desarrollo, es un eternamente uniforme movimiento en el mismo siempre inalterable nivel a cuyos sectores, que se suceden regularmente, no pueden aplicarse los juicios de valor humano. Sin interrupción, un estado sigue y pasa a otro, lo simple se hace cada vez más vario hasta que haya alcanzado la medida máxima de complicación, a partir de la cual va decayendo poco a poco lo muy múltiple, la complejidad se deshace y vuelve de nuevo a lo simple para cuando haya llegado a este punto volver a empezar otra vez la misma marcha, y así continúa toda la eternidad. Por lo tanto, significa el desarrollo en el Universo una sucesión sin fin de movimientos cíclicos desde lo simple hasta lo complejo y vuelta a lo simple con alteración constante de cada punto de un ciclo particular al otro, con la más absoluta, más abrumadora uniformidad de todos los ciclos, un mérito absolutamente igual de todas las fases que se originan la una de la otra en el decurso sin fin, con una simultaneidad inconcebible para el hombre de todas las formas del desarrollo en infinitos ciclos de evolución realizándose uno al lado de otro dentro de la infinita integralidad del cosmos.

Pero la idea de progreso que no puede ser derivada de los sucesos en el Universo y que no tiene sentido refiriéndose a ellos, se hace racional si se limita su validez al desarrollo de la humanidad. Aquí ya no nos movemos dentro de representaciones de eternidad y de infinito. Nos hallamos frente a fenómenos limitados en el tiempo y en el espacio. La existencia del hombre ha tenido su principio. Sin duda tendrá un fin. Ha hecho su aparición en la Tierra al principio de la época geológica cuaternaria lo más tarde, más probablemente hacia fines de la época terciaria. Necesariamente desaparecerá cuando la con-

servación de la vida se haga imposible sobre la Tierra a consecuencia del frío y de la sequedad en una época cuya llegada, según nuestros conocimientos modernos de la naturaleza, es una hipótesis irrefutable. Para acabar sus destinos le quedan unos cuantos millones de años, bien corto trecho de tiempo en verdad medido con la eternidad del Universo, pero en comparación con las proporciones de la vida individual y nacional, de los destinos individuales y de los sucesos históricos, representa una perspectiva que se pierde de vista. Dentro de los límites en que han de verificarse su nacimiento, su vida y su muerte, la humanidad está en un constante desarrollo. La comparación de los cráneos de los hombres de la más antigua edad de piedra que hayan sido comparados con los de los contemporáneos, del estado de las tribus más atrasadas del interior de Africa y de Australia con el de los pueblos de Europa y América, de los comienzos del lenguaje humano con los idiomas de hoy en día, del pensamiento, del saber y de las capacidades de generaciones anteriores con los de la nuestra, lo demuestran irrefutablemente. El sentido de este desarrollo se revela con perfecta claridad. Está dirigido a una adaptación cada vez más íntima, más refinada a las inalterables condiciones que son dadas por la naturaleza a la humanidad y con las cuales tiene que arreglarse si no quiere perecer. Y es equivalente al progreso, es decir no sólo a una modificación, a un simple movimiento de un punto a otro, sino a una mejora y perfección.

Aquí podemos aplicar medidas de valores. Nos son suministrados por el fin del desarrollo que nos es conocido y que deseamos. Aquí podemos juzgar y valuar de un modo antropomórfico. No sólo es que podemos, sino que debemos hacerlo, porque se trata de asuntos que sólo afectan a la humanidad. Todo desarrollo de la humanidad material y espiritual, el ensanchamiento de la cavidad del cráneo con objeto de poder contener mayor cantidad de masa encefálica, la perfección de los músculos de la laringe, del paladar y de las manos y las precisas coordinaciones de sus movimientos que hacen posible un modo de hablar más inteligible y más expresivo y una mayor destreza manual; la adquisición, ordenamiento e interpretación de experiencias que conducen a descubrimientos e inventos, todo ello tiende al mismo fin: procurar o dotar a la humanidad de armas siempre nuevas, cada vez más adecuadas para la lucha por la existencia, defenderla contra los peligros que la amenazan por todas partes y contra

las fuerzas destructoras de la naturaleza, asegurar, prolongar, enriquecer su vida, ahorrarla esfuerzos y sufrimientos, ofrecerla sensación es de placer y posibilidades de felicidad. Y como tenemos una clara representación del fin de nuestro desarrollo, puesto que anhelamos dicho fin y nos preocupamos constantemente en encontrar medios para lograrlo, estamos por completo justificados al llamar a todo movimiento que nos acerca más al fin representado y deseado un progreso, a todo desarrollo que realiza una parte mayor de la índole deseada, una mejora, un perfeccionamiento, una ascensión.

El conjunto de los progresos que su desarrollo ha asegurado a la humanidad, lo resumimos en el concepto de la civilización. Esta, evidentemente, dista todavía mucho de la perfección ideal. Lo que sabemos es una ínfima parte en comparación con la inmensa extensión de lo desconocido, quizás incomprensible, que por todas partes se eriza contra nosotros. Nuestras adquisiciones técnicas con frecuencia nos dejan frente a dificultades y no nos abren ninguna escapatoria para salir de muchos atolladeros. Todavía queda adherido en el hombre que sabe y puede demasiado del estúpido, desamparado, desenfrenado animal primitivo. Pero a pesar de esto, subsiste el mérito por lo alcanzado y sería pueril amenguarlo. Espíritus paradójicos como J. J. Rousseau y sus imitadores han podido negar la utilidad de toda la civilización y afirmar que el llamado estado natural, la ignorancia y la impotencia del hombre no desarrollado en medio de la naturaleza excesivamente poderosa, era preferible. Esto no pasa de ser una broma poco divertida. No hemos vencido a la muerte, pero hemos prolongado la vida como lo atestigua la estadística de la mortalidad. No curamos todas las enfermedades, la índole y la intensidad de nuestras ocupaciones, la densidad de la población en las grandes ciudades, en una palabra, la civilización nos procura enfermedades que probablemente no padeceríamos si continuáramos en estado salvaje, pero también los habitantes de las cavernas estaban sujetos a enfermedades y nuestra antisepsia e higiene previenen eficazmente numerosas y dañinas enfermedades. La división del trabajo hace depender al individuo del organismo total económico y facilita a los favorecidos la explotación de las masas y el vivir en parásitos a sus expensas, pero sin embargo, el individuo consigue más fácil y cómodamente la satisfacción de sus necesidades que si tuviera él mismo, con plena libertad e

independencia que fabricarse todos los objetos de necesidad. La rapidez y facilidad del intercambio de productos por medios de comunicación cada día más perfeccionados, más modernos, originan con frecuencia necesidades artificiales, la facilidad de viajar una movilidad que no tiene objeto e inútiles peregrinaciones, pero llevan al individuo la liberación de la gleba del país de su nacimiento, la transformación del globo entero en un sólo centro económico todas cuyas partes suplen con su propio excedente de hombres y productos las deficiencias de los otros; tiene la ventaja inapreciable de hacer al hombre más independiente de azares locales y de hacer más habitable para él la Tierra. Muchos recursos de la civilización son solo accesibles para los ricos y el espectáculo del lujo de esos privilegiados hace más dura y más difícilmente soportable la suerte del pobre, pero la posibilidad de llegar por el trabajo a las filas de los afortunados es un poderoso estímulo para las naturalezas vigorosas y suscita esfuerzos que producen efectos útiles en un ancho radio. Todos los adelantos técnicos de la civilización no podrán seguramente garantizar la felicidad ni al individuo ni a la colectividad porque la felicidad es un estado de alma que no depende de satisfacciones corporales y que puede ser perturbado, pero no puede nunca ser creado por condiciones materiales; pero los instantes de felicidad que logra el hombre llegan a alcanzar, mediante el aparato de la civilización que nos rodea y está a nuestro servicio, una incomparable intensidad. Bien es cierto que la civilización tiene también sus inconvenientes y no es un gran mérito descubrirlo, subrayarlo y asegurarlo. Es cierto que muchos de los más alabados pretendidos beneficios no son en realidad un provecho efectivo, sino en absoluto mera ilusión o menudas superfluidades sin importancia, aunque agradables, sin las que se puede muy bien pasar sin privaciones y que en todo caso pagamos demasiado caras; pero en suma, es una enorme obra del inquieto y activo espíritu humano, una inapreciable mejora del destino de la humanidad y quien pone esto en tela de juicio no puede pretender que se le refute seriamente. El estado natural de que nos habla Rousseau, podría a lo sumo tomarse a risa como una pasajera residencia estival que variase nuestras costumbres habituales, pero considerarlo en serio como una morada fija no hay hombre de buen sentido que no lo rechace. Hay por ende, que admitir sin reserva el hecho del

progreso en la civilización en cuanto significa mayor seguridad, facilidad, orden, regularidad de la vida, más grande profundización y difusión de los conocimientos, más perfecta adaptación del hombre a las condiciones naturales que le son dadas. Porque no constituye una reserva para esta admisión el que se haga constar en la marcha del desarrollo ciertas desviaciones de la línea general que conduce al fin de la civilización, a la mejora de la condición de la humanidad, o bien ocasionales recaídas en la más antigua barbarie. No es tampoco, para emplear la expresión de Gumpłowicz, una ilusión acrocromística y acrotópica, es decir la suposición errónea que consiste en considerar la época en que uno vive y el lugar donde pasa la existencia como el mejor de todos los tiempos y el más notable de todos los sitios, por que se coloca el tiempo presente muy por encima de todas las épocas del pasado y si se declara nuestra civilización actual incomparablemente más rica y más perfecta que todo lo que la ha precedido.

El *laudator temporis acti*, el Néstor acrimonioso que encomia el pasado sobre lo presente, el entusiasta partidario de «aquellos buenos viejos tiempos», es seguramente un fenómeno que siempre ha existido. Pero eso no prueba nada. La tierna predilección por el pasado no es el desarrollo de una comparación y balance objetivo, sino un movimiento de psicología subjetiva. Es sencillamente la emoción y melancolía con que el hombre ya viejo se rememora su propia juventud. Recuerda las sensaciones de placer que en otro tiempo acompañaban todas sus impresiones y que ahora ya no experimenta su organismo gastado y así cree que el mundo era mejor porque él lo ha sentido con más alegría. El anciano está convencido de que en su juventud era más azul el cielo, las rosas eran más fragantes, las mujeres más bellas que en los tiempos presentes, pero la observación imparcial se encoge compasivamente de hombros.

Pero el progreso que razonablemente no puede negarse en la civilización ¿puede hacerse constar también en la moral? Pensadores que no pueden ser pasados en silencio rotundamente lo han negado; Buckle afirma secamente que el único progreso posible para la humanidad es el espiritual y quiere decir con esto que la humanidad aumenta en sabiduría, en previsión, en lucidez de pensamiento, pero no también la moral que para él es distinta de la espiritualidad del intelecto y no está implicada en éste. El juicio despreciativo de Buckle ha llegado a ser una fór-

mula que posteriormente se ha repetido con frecuencia. Progresamos científicamente, técnicamente; moralmente permanecemos inmóviles o retrocedemos; los dos órdenes de desarrollo ni se mueven en la misma dirección ni tienen la misma velocidad. Es una opinión extendida. También llega a ella, aunque por otras consideraciones que Buckle, Fr. Bouillier que sostiene que «un salvaje que obedece a su conciencia, por muy ignorante que éste sea, podría ser tan virtuoso como un Sócrates o un Arístides; podría llegarse hasta defender la opinión que el progreso social en vez de aumentar la moral individual, la debilita, puesto que la sociedad, a medida que va ordenándose mejor, ahorra al individuo una gran cantidad de acciones de virtud».

No obstante, hay también moralistas que sustentan el punto de vista opuesto. Shaftesbury no se puede imaginar un sistema moral en el cual no haya sitio para la idea de un continuo progreso, de un constante perfeccionamiento. Los grandes franceses del siglo XVIII están convencidos de la ascensión moral de la humanidad. «Las masas del género humano adelantan siempre hacia una perfección cada vez mayor» dice Turgot, y en otro lugar añade: «Los hombres instruídos por la experiencia llegan a ser en más grande medida y mejor hermanos». No menos resueltamente defiende Condorcet la opinión que dentro de la humanidad existe la facultad de la perfección. Trátase en esto de una forma de pesimismo y de optimismo que sólo en parte tiene sus raíces en un pensar racional y en otra parte, la más grande, en el temperamento. Un individuo o una generación agotada y extenuada mira hacia atrás y permanece con una estéril aspiración y con un melancólico ensueño en el pasado; un hombre, una generación fresca, rebosante de fuerza vital y consciente de ella, mira hacia adelante y evoca proyectando, inventando y con la resolución de realizaciones creadoras, la imagen del porvenir. El pesimismo lamenta y gime; el optimismo espera y promete. Aquél, con Ovidio, coloca la edad de oro en el pasado; éste con los padres de la Gran Revolución la sitúa en lo porvenir. Ni uno ni otro representan la conclusión de razonamientos de la observación y del pensamiento lógico, sino que más bien inventan *a posteriori* para su conclusión las razones y para sus observaciones la interpretación. Pero el que considera la vida con ánimo ni agriado ni entusiasta y trata de comprenderla objetivamente, llegará a formarse la opinión que la

moral tiene también su parte correspondiente en el progreso de la civilización.

El pensamiento teológico entiende la perfección moral de un modo diferente que el pensamiento científico. Según aquél, es independiente del desarrollo espiritual de la humanidad y determinada únicamente por la fé. Dios es el modelo ideal de la moral, la fe en él es la condición previa de la vida moral. Por el pecado cometido por Adán la humanidad se alejó de Dios y quedó entregada a la inmoralidad; el pecado original pesaba constantemente sobre ella, pero mediante la redención y la gracia quedó limpia de esta mancha congénita, es de nuevo conducida hacia Dios y rescatada para la moral. Para la humanidad sólo podía haber un único progreso en la moral y eso no se verificó gradualmente, paso a paso, sino por un sólo poderoso arranque que alcanzó inmediatamente y por completo el más alto grado posible de la perfección, lo cual sucedió cuando le fué revelada al hombre la fe verdadera. Antes de la revelación la humanidad no conoció la verdadera moral, sino sólo su presentimiento que alboreaba, sólo el vago y vehemente deseo por ella; merced a la revelación alcanzó de una sola vez la completa posesión de la moral y a partir de entonces, a cada individuo corresponde o poner el piadoso esfuerzo para acercarse al modelo divino, o caer en la infamia y en la maldad de alejarse de él. Desde que fué revelado a la humanidad el evangelio de la fe no puede existir para ella en tanto que colectividad el problema del progreso moral; ha resultado ser asunto personal que cada cual ha de resolver por sí mismo. Considero superflua la crítica de esta dogmática; basta con presentarla.

Se comprende también que nieguen el progreso de la moral aquellos a quienes su opinión permite hablar con Boullier de un salvaje que obedece los mandatos de su conciencia. Suponen al salvaje dotado de una conciencia, que la conciencia forma parte de la naturaleza humana, una cualidad ó facultad lo mismo que la sensación ó la memoria, que es innata en el hombre, lo mismo que sus miembros ó sus órganos. Realmente podría afirmarse en este caso que la moral subjetiva no haya hecho ningún progreso en todo el transcurso de los tiempos históricos y tal vez tampoco en los prehistóricos, y que en efecto, «un salvaje que obedece a su conciencia puede ser tan virtuoso como un Sócrates ó un Aristides». Dificilmente sería posible demostrar concretamente lo contrario, ya porque desde hace mucho tiempo no existen en ninguna parte de

la Tierra salvajes en el estricto sentido de la palabra, es decir hombres en el primitivo estado zoológico que se desarrollan exclusivamente según las normas biológicas de la especie y bajo la influencia de la naturaleza ambiente y que no han recibido de la agrupación a la cual pertenecen ninguna posesión espiritual. Todos los salvajes que conocemos forman también una sociedad que por lo general, ni siquiera está organizada con flojeza sino vigorosamente, con leyes que podrán parecernos disparatadas y bárbaras, pero no por eso son menos obligatorias, con deberes definidos con toda precisión que son impuestos a cada uno de sus miembros con sanciones a cuya cruel severidad no alcanza ninguno de los castigos permitidos por la civilización. Puede ser que tenga una conciencia el hombre integrado en una sociedad por primitiva que sea, pero resulta que no es ese hombre un salvaje, sino que es todo lo contrario de un salvaje; es un sér social que ha recibido una educación de su sociedad, que está obligado a someterse a sus costumbres, ritos y modos de ver, que en todas sus acciones tiene que tener en cuenta la opinión de dicha sociedad. Mas estas condiciones producen como lo he demostrado, la conciencia, la representación de la sociedad en el conocimiento del individuo. La conciencia no es una posesión innata del hombre no influenciado por la sociedad, no es producto de la naturaleza; es el fruto de la educación; el que lleva en su interior una conciencia no es un salvaje, sino una persona formada mediante la disciplina, sometida a la disciplina; la conciencia es un resultado de la civilización, de una determinada civilización; por sí misma representa ya un progreso sobre el estado primitivo; es por lo tanto, una chocante contradicción hablar de una conciencia y negar al mismo tiempo el progreso de la moral.

Es del propio modo singularmente arbitrario creer que un salvaje que tuviese conciencia podría obedecer sus mandatos, y por lo tanto, elevarse a la virtud de un Sócrates ó de un Aristides. Esto lo contradicen todas las observaciones y experiencias de las que he deducido la doctrina de que la conciencia obra por medio de la inhibición, que la moral, que la virtud consideradas biológicamente son inhibiciones. Pero la inhibición se desarrolla por medio del ejercicio y uso, se desarrolla, excepto en caso de perturbaciones patológicas, paralelamente a la razón que la maneja y la obliga a la actividad. Acerca de la efectividad del desarrollo progresivo tanto de la razón como de la

inhibición en la serie de los seres vivos no cabe que haya opiniones opuestas. No es preciso detenerse a demostrar que la rana es espiritualmente superior al zoosporo y el hombre superior a la rana, que a medida que ascendemos en la escala de los organismos, sus reacciones e irritaciones son cada vez más modificadas individualmente, se elevan desde los primitivos tropismos puramente mecánicos hasta los reflejos diferenciados si bien todavía sustraídos a una voluntad guiada por la razón, y finalmente hasta resistencias por las cuales toda contestación exteriormente perceptible del organismo a la impresión recibida queda suprimida. La inhibición se hace en el transcurso del desarrollo cada vez más vigorosa y más eficaz, obedece a los mandatos de la razón cada vez más rápidamente y con más seguridad y más certeza, puede llegar a una invencibilidad contra la cual fracasan todas las rebeldías de los instintos, todas las tempestades de las pasiones. En el salvaje o más correctamente, en el hombre de los escalones más bajos de la civilización, la inhibición está aún muy lejos de haber alcanzado esta perfección de formación. Es poco vigorosa, funciona defectuosamente y con frecuencia falla su acción. El hombre poco civilizado, aun en el caso de que posea ya una conciencia, no puede obedecerla siempre ni puntualmente, aunque tenga el mejor propósito de hacerlo. Su instinto es más poderoso que su razón. No es dueño de sus impulsos, sino que son éstos los que le dominan. Todos los que han descrito las tribus poco civilizadas mencionan la semejanza en ellas de las reacciones con los actos reflejos, la falta de dominio de sus individuos sobre sí mismos. Es para ellos muy difícil obrar moralmente, es decir venciendo su egoísmo y guardando miramiento hacia el prójimo, si esto requiere esfuerzo, sacrificio y dolorosa renuncia. No es necesario tomarse el trabajo de ir a los negros del Congo ni a los insulares de las islas Salomón para poder observar esta insuficiencia del aparato de inhibición. Basta con mirar a nuestro alrededor. Entre nosotros hallamos bastantes ejemplos de ello. Los hombres incultos, los mal educados, los anormales en los cuales la instrucción y el ejemplo han resbalado sin penetrar, están incapacitados para seguir los mandatos de la moral a pesar de que los conozcan. Podemos decir con el poeta romano: «Ven lo mejor y lo aprueban, pero siguen lo peor». No es por tanto, exacto afirmar que el salvaje podría ser tan virtuoso como un Sócrates o un Arístides. No podría serlo.

aunque lo quisiera. Para ello le faltarían los medios orgánicos; un entendimiento suficientemente ilustrado para enseñarle con seguridad el deber moral, una inhibición suficientemente desarrollada para ejecutar la indicación del entendimiento. La objeción de Bouillier contra el progreso moral es caduca. Los románticos que han inventado la leyenda del noble salvaje y declaman con Seume: «Ved; a pesar de todo, nosotros los salvajes somos muy buena gente» están fuera de la realidad. Como la civilización, junto con la civilización, la moral va también progresando hacia la mejora, el perfeccionamiento.

Lo propio que a los éticos teologizantes, la lógica de su sistema impide al ético kantiano la admisión de la posibilidad de un progreso moral. Si el mandamiento moral es categórico, es decir no determinado por ningún fin, si está en nosotros mismos eternamente e invariablemente como el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, en ese caso no es en efecto comprensible cómo puede llegar a este bloque inalterable introducido en nuestra alma no se sabe por quién ni de dónde, el impulso para un desarrollo progresivo ni de qué modo habría de verificarse este desarrollo. Lo categórico es un absoluto, y en lo absoluto, como en lo infinito y lo eterno, la idea de desarrollo no tiene sentido. Pero el que concibe la moral biológica y sociológicamente, está obligado, por su punto de vista, a afirmar su progreso, como lo está por el suyo a negarlo el místico dogmático del imperativo categórico.

Vamos a recordar de nuevo sumariamente los conceptos fundamentales considerados biológicamente; la moral es inhibición cuyo desarrollo es de la más grande importancia para el individuo porque le hace posible no malgastar la fuerza viva de su plasma celular, de sus órganos, en estériles reflejos, sino aumentarlas y tenerlas dispuestas para un empleo útil. Cuanto más vigorosamente desarrollado esté su aparato de inhibición, tanto mejor equipado se halla para la lucha por la existencia, tanto mejor armado, tanto más eficazmente preparado. La negación del desarrollo progresivo de la inhibición implica la negación que el hombre de hoy se sostiene en la naturaleza y contra los maleficios y fuerzas hostiles naturales con más seguridad y más fácilmente, que sostiene la competencia con sus congéneres con más éxito que sus predecesores en la Tierra, y esta negación se reconoce absurda a simple vista. Los únicos individuos que no participan en la marcha acelerada hacia adelante del des-